



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 44.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Recuerdos de Lourdes, por don Federico Antonio Sanchez de Galvez.—**El Trabajo y la Oracion**, poesia, por X.—**Historia de un diamante**, por Alfonso Car.—**En alta mar**, poesia, por don J. Martí y Folguera.—**El depositario**, por D. J. de D. Ruiz.—**Varietades**.

RECUERDOS DE LOURDES.

I.

Apenas hay ya en España quien no conozca la reciente historia de un pueblo que se extiende á lo largo de la rivera de un rio, que naciendo á la falda del Pirineo francés, besa con sus aguas transparentes la gruta, donde en 1858 se dignó detenerse unos momentos la Reina del Cielo.

Allí hay una gruta y una iglesia que la cerca, y otra que la corona.

El gusto gótico inventado para adorar á Dios, ha presidido toda la fábrica, que eleva la aguja cónica de su campanario como diciendo á la Señora: «Yo soy el testimonio de cómo obedecen tus mandatos los hijos de Carlo-Magno y Clodoveo.»

¿Qué seria de Lourdes sin éste monumento?

Una aldea con sus vacas, sus payesas y sus labriegos.

Hoy es una ciudad naciente. La fé lo revela al mundo: y el arte se ha encargado de levantarla en alas de la fé, hasta donde pueden llegar las grandes poblaciones.

Allí hay fábricas y conventos; hospitales y grandes hoteles, y una poblacion flotante de peregrinos, que van por centenares á beber el agua del milagro, á cantar himnos á la Señora, á trocar su oro por medallas que la ofrecen grabada, y por rosarios de seis dieses, que se adquieren con interés y se guardan con estima.

Lourdes es el sueño de los creyentes, el iman de los peregrinos de todo el mundo, y el consuelo de los que sufren.

¡Bendito sea Lourdes!

Pero mil veces mas sea bendita la Señora que ha hecho allí su tabernáculo para santificarlo.

II.

Hace unos meses que se gritó por todos los ámbitos de España: *á Roma*.

Y el propietario echó cuentas....

Y el industrial hizo ahorros....

Y el artista dilató su ancha frente....
 Y el poeta preparó su lira....
 Y el sacerdote se impuso nuevas privaciones,
 porque á Roma debían ir todos....
 No para buscar p'aceres, ni recreo, ni bien-
 estar....

No para ganar unos cuantos céntimos, sobre
 los que hacen la miserable divinidad de nuestro
 siglo....

No para.... ¿qué se yo? no para lo que ó la im-
 piedad ó la envidia ha querido decir.

Á Roma era preciso ir á ver la gran figura de
 todos los siglos; á ver al Príncipe dignísimo so-
 bre todos; á ver al hombre único venerable sobre
 la haz del mundo; á ver al Vicario de Jesus-Dios,
 á ver á Nuestro Padre....

Allí hacíamos falta para consolarlo con nues-
 tra presencia; para resucitar las creencias de
 nuestros padres; para saturar nuestras almas de
 é; para abrasarse en caridad al fuego de aquel
 gran corazón, que olvida la hiel que lo rebosa y
 solo tiene amor para todos.... hasta bendiciones
 para los que no quieren ser sus hijos....

Era preciso ir á Roma para respirar el aura mis-
 teriosa de las Catacumbas... besar aquellas reli-
 quias venerandas de nuestros adalides.... y hasta
 para adorar la Cruz que se eleva sobre las ruinas
 del panteón de Agripa, y el terrible coliseo de
 cincuenta mil espectadores, hoy desierto y des-
 mantelado.

Convenía ir á Roma para contemplar las está-
 tuas de los ángeles del puente de piedra tendido
 sobre el Tíber, que con los atributos de la pasión
 cada uno en su mano, dicen al peregrino: «Vas
 á ver al Cristo que sube á su Calvario en el Va-
 ticano.»

No podíamos menos que ir á Roma, y por lo
 tanto, al grito que llamaba, doce mil españoles
 respondimos marchando...

Es la única vez que nos hemos olvidado de
 nuestro fatal *mañana*.

El 3 de Octubre salió de Madrid la primera
 expedición, que á la una del día 5 doblaba su ro-
 dilla en la estación de Lourdes; y con el vene-
 rable sucesor de San Cecilio, el santo Arzobispo
 de Granada á su cabeza, entonó el himno de la
 Virgen que los ángeles debieron escuchar estu-
 pefactos...

Era, que á los veinte siglos, el nuevo Cecilio,
 volvía á Roma á dar cuenta á Pedro de su misión
 apostólica en Ilíberis...

Era que nutridos nosotros con el amor de Ma-
 ría no sabemos movernos sin ella.

Por lo tanto, á la voz de *á Roma*, siguió esta
 otra en nuestro corazón: *por la gruta de Lourdes*.

III.

Cuando la masa de seiscientos peregrinos, ul-
 timado su cántico a la Señora, se puso de pié,
 un tanto repuesto de mi emoción, quise estudiar
 otra razón mas de nuestra ida á Lourdes.

¿Por qué no hemos ido, me dije, á Zaragoza?

¿Acaso no tenemos á Roncesvalles, Monserrat
 y hasta la Virgen de las Mercedes en Barcelona?

En cada ciudad de nuestra España ¿no hay
 una imagen celeberrima de Nuestra Señora?

Y si era por pasar por Francia ¿cómo no ir á
 visitar la Saleta?

Esto me daba en qué pensar, por mas que allí
 veía los estandartes de Valencia con su Virgen
 de los Desamparados, y de Nuestra Señora de las
 Angustias, patrona de Granada.... pero estos y
 muchos otros que allí estaban, no me decían to-
 do lo que yo quería saber.

¿Qué nos conduce aquí?

No era la hora de saber yo mas.

IV.

Los peregrinos nos fuimos á buscar hospedaje,
 recibiendo antes la bendición arzobispal, y para
 las cuatro se ordenó la primera procesion.

Á la hora prefijada salió la piadosa romería
 desde la iglesia parroquial, con los estandartes
 de Valencia, Úbeda y Granada, hasta el santua-
 rio.

Cerca de él vino al encuentro el superior de
 aquellos monjes, que asisten á la Señora, en tra-
 je ceremonial, con cruz alta desnuda y ciriales
 que llevaban los monaguillos, con roquetes riza-
 dos y sótana azul.

Esta, me dije, es el emblema de la Concep-
 cion... ya comienzo á ver claro.

Aquel cortejo numeroso y pio penetró en la
 Iglesia gótica, basilica hoy de nuestra *Dama de
 Lourde*.

Se cantó solemne salve.

Se dió la bendición con S. D. M. desde el altar
 mayor, que está cerrado de alta verja de bronce
 colado, que el fuego hizo parecer de oro.... y yo
 no recuerdo haber llorado más en mi vida, aun
 en la muerte de mi virtuosa madre.

Entonces lloré por mi horfandad.

Ahora lloraba de gozo, por aquel pueblo im-
 menso que allí doblaba su rodilla y emitía sus
 suspiros adorando á la Reina del cielo... *bendita
 así por todas las generaciones*.

Yo que la amo, como el que más, ¿cuanto no
 gocé al verla venerada en la tierra, como mi fé
 me dice que lo es en los cielos?

Entonces me alejé de aquel sitio y esperé las siete de la noche para descender á la gruta.

En ella me tenia dispuesto la Señora la resolución de mis dudas....

V.

Yo me detuve tomando medallas y rosarios.

Con aquel motivo no pude bajar hasta las ocho al Templo.

Un cielo azul, pero no tan bello como el de Andalucía, estaba decorado por la luna que brillaba cual lo hace en Mayo, y cobijaba con su inmensa bóveda al pueblo, al rio, al santuario y á la gruta.

Tambien cubria á los peregrinos.

Estos, precedidos del estandarte valenciano bajaban de la Iglesia alta, por la escalinata de veinte y siete gradas que arrancaban de la plataforma que mira al Sur Oeste.

Traen velas encendidas, y yo encendí la que llevaba, cantaban el Santísimo Rosario, y ofrecian un conjunto conmovedor, que remedaba una procesion de ángeles.

Ya en el peristilo del templo que está abajo, entramos en la iglesia inferior, pero que es casi igual á la que lo domina.

Ambas cuentan cuarenta altares.

Dimos vuelta á ella, y por otra puerta salimos al campo, descendiendo por un zig-zas, que conduce á la cueva.

Todavía me admiro pensando en aquella devocion, aquella compostura, aquel recogimiento, aquella piedad, aquel silencio solo interrumpido por la súplica de mil veces: *Ora pro nobis*.

Sin duda que desde lejos, aquel acto propio de los antiguos tiempos, pareceria un cortejo de estrellas que descendia de los cielos, para rendir pleito homenaje á la estrella de los mares, cuando allí reposaba en Lourdes, durante su breve noche...

Así pensando, me encontré con los demás en la puerta de la gruta.

El arte allí, estimulado por la fe, ha formado en el tajo, jardines para amenizar el descenso, y luego una plaza inmensa con una sola baldosa de célice; por un lado ofrece la vía de carruajes, por otro una ancha calle de acacias; por la izquierda la rivera pintoresca del rio, y por la derecha, está el templo rústico y eterno, donde la pastora excelsa habló un dia, hace diez y ocho años, con un ángel humanado... con Bernardeta Soubiron.

Allí cerrada de altos balaustres de hierro fundido, está la gruta de los prodigios, de ancho pórtico y de estrecho fondo.

Al lado diestro del espectador, en alto y en una hornacina natural, en el mismo sitio de la aparicion, hay una imágen de la Señora como de dos metros, vestida de blanco, con beca azul, velo en la caleza, las manos juntas ante el pecho en actitud suplicante, y en el exergo superior, entre el busto y el tajo, se lee sobre fondo negro en doradas letras:

«*Yo soy la Inmaculada Concepcion.*»

Al pié de la estatua y por bajo extendiéndose al interior de la cueva están los innumerables trofeos de la que vence á la muerte y las enfermedades, como su Hijo venció al infierno.

Miles de ex-votos hablan allí mas alto que las humanas voces de los socorridos.... y aquellos blandones de blanca y trasparente cera, ardiendo allí dia y noche hasta haber ennegrecido la bóveda, dicen como las piedras santificadas hablaron desde los dias de Enos, que *la fe ha venido al mundo*.

Una vez junto á la cueva, caimos todos de rodillas, ante aquella majestad de misericordia, á que respondia el amor de los mundos á María....

Entonces cantamos de nuevo....

Otra vez nuestras lágrimas brotaron con la espontaneidad del cariño y besamos aquel lugar siempre santo.

El Prelado tan piadoso de Granada penetro solo en el tabernáculo de María.... oró.... dió su óvolo.... recitó á su tiempo la oracion de la Señora y nos bendijo.

Concluido todo, fué la explosion de mil corazones largo tiempo comprimidos, expresando todos á su manera el amor y la fé para con nuestra Madre.

VI.

Interin aquella inmensa pléyade invadió la fuente de tres caños que corren á la derecha de la cueva, yo contemplé detenidamente aquella imágen y conocí lo que antes no entendí.

¿Cómo ir España á Roma sin adorar á la Señora allí dondè ella dijo se llamaba, la Inmaculada Concepción?

Este misterio es nuestro blason.

¿Se dirá acaso, que no ha querido la Señora descender sino en otro país?

¿Y qué importa eso?

Ella está de frente á España....

Esto pensando, me dijo un piadoso romero que leyó mi corazon: «Nuestra Madre, segura del amor que la tenemos, ha venido á buscar otro pueblo que nos imite en nuestro culto á su Inmaculada Concepcion.»

Era mucho decir... y quizá mucha verdad.

VII.

Después bebimos hasta la saciedad de la fuente de los milagros.

Un sacerdote, creo que valenciano, cantó un aria á la Señora con toda la pasión de un antiguo trovador.

Mi venerable hermano el fervoroso párroco de San Cecilio de Granada con el estandarte de la Concepción en la mano, que había llevado de su iglesia, cantó un devotísimo «*adiós*» á Nuestra Madre.

Eran las doce de la noche...

Yo quedé velando hasta más de la una.

No hallaba momento para separarme de aquel paraíso.

Luego supe que otros permanecieron hasta el día, y me dió envidia...

Al siguiente y á la aurora, ya volvía yo para saludar á la que nos trajo el divino sol.

Me ofrecieron un puñado de luises de oro, si aplicaba el Santo Sacrificio, por un devoto, y lo rehusé.

Me acordé de mi Santa Madre, que cobijada bajo el manto de la Señora, sin duda esperaba mi recuerdo de romero.

Antepuse mi amor filial á lo que el mundo tanto ama, y la Madre de Dios y la Madre de mi alma, aceptaron mi ofrenda.

Cuando descendí de nuevo á la cueva para despedirme *hasta otro año* de Nuestra Señora, creí como que su vestido se movía, como que su labio articulaba una sonrisa, como que me daba las gracias, ínterin su corazón me bendecía.

Al mismo tiempo pensé en la que me llevó en su seno... quizá me veía... por entre los pliegues de la azulada beca de María.

Oré por ella, besé muchas veces la piedra; aquella que la Virgen Purísima había pisado con sus plantas divinas, y me retiré, como ahora que esto escribo, llorando... por mí.

RECUERDO DE LOURDES.

Federico Antonio Sanchez de Galvez.

EL TRABAJO Y LA ORACION.

(Imitación del francés.)

De un templo en flotantes nubes

El incienso se elevaba,

Y puras preces llevaba

De los fieles á su Dios;

Y de una fragua cercana

Blanco humo también salía,

Y en los aires parecía

Que se mezclaban las dos.

—Profano, el primero, exclama:

—Santa es la misión que llevo;

—No te acerques, yo me elevo

Hasta el trono del Señor.

Entonces, cual si bajara

Dulce voz del firmamento,

Se oyó evangélico acento

Que murmuró con amor:

«Unios cariñosos los que subís al cielo,

Tú, fruto del trabajo y tú, de la oración

Ambos paz y ventura derramais en el suelo,

Y ante Dios son hermanos los que en virtud son.

X....

HISTORIA DE UN DIAMANTE.

POR

ALFONSO KARR.

I.

El mes de Agosto iba á espirar, y en una salita, cuyas ventanas daban á un hermoso jardín, se hallaban reunidos y al parecer discutiendo un asunto de alguna importancia, un jóven que contaría apenas veinticinco años, una muchacha de veinte y un anciano, padre de ésta, que ya había cumplido los cincuenta.

La escena tenía lugar en Lugouville, cerca del Havre.

—¿Para qué necesitamos las riquezas? decía Teodoro; así se llamaba el jóven; ¿pueden acaso alimentar nuestra felicidad? Ana y yo viviríamos muy dichosos en una choza, y el pan, fruto de mi trabajo, será para los dos una dulce ambrosía.

Ana respondió con una mirada llena de ternura, mirada que pareció muy elocuente á Teodoro, porque repetía ostensiblemente lo que el corazón de la jóven le había dicho en secreto muchas veces.

El tercer interlocutor, que era un hombre de fisonomía bondadosa, se volvió para ocultar una sonrisa.

Después exclamó:

—Hijos míos, podría decirlos muchas cosas que solo os servirían para repetir las inútilmente á vuestros hijos dentro de veinte años; hasta entonces ni creereis en ellas ni las comprenderéis siquiera; pero como amo á mi hija más que á mí vida, y estimo al que aspira á ser su esposo lo bastante para confiarle el cuidado de su felicidad,

dad, no consentiré en vuestra union hasta que Teodoro regrese del viaje que debe emprender por orden de su principal.

A propósito de este viaje, motivado únicamente por razones de comercio, Teodoro habló muy mal de las riquezas, pero el padre de Ana fué inflexible, y los dos enamorados tuvieron que resignarse y ceder á lo que juzgaban un mero capricho del viejo.

—Adios, Teodoro mio, concluyó Ana; sin cesar pediré al cielo, no que vuelvas rico, sino constante.

Teodoro aseguró á Ana con una amorosa mirada que su deseo se veria cumplido, y á los pocos dias se embarcó.

II.

Durante su larga navegacion, el jóven tuvo tiempo de pensar en los sitios que iba á visitar y que eran completamente nuevos para él.

Los esplendores del Oriente, evocados por su imaginacion, le ofrecian maravillosos cuadros, y le hacian formar poco á poco una idea extraordinaria del lujo oriental.

Al fin llegó á Constantinopla y su desencanto fué terrible.

Desesperado al ver la distancia que hay de lo vivo á lo pintado, resolvió limitarse á pensar en su amada, y como el negociante á quien acompañaba debia darle participacion en sus ganancias, comenzó á calcular acerca de lo que podia prometerse, y decia al final de cada esperanza.

—El padre de Ana quedará satisfecho; estoy seguro de que no pondrá ningun obstáculo á nuestra ventura.

Una noche, retirado en su humilde habitacion, con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza reclinada sobre sus manos, se ocupaba en arreglar los gastos de su futura casa, discutia la grave cuestion de los criados, formulaba la interminable lista de los muebles que consideraba necesarios para adornar sus habitaciones, y no contento con esto todavía, hasta pensaba en el traje con que su amada asistiria á la boda, é imaginaba su peinado, cuando de pronto dos golpes que sonaron en la puerta le sacaron de la agradable tarea que le absorbía..

Levantóse, abrió, y con no poca sorpresa vió entrar en su estancia á un hombre que miraba á todas partes con recelo y que cerró la puerta por dentro.

Antes de que Teodoro pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el desconocido le dijo:

—Caballero, únicamente podemos disponer de

diez minutos para arreglar un negocio del que depende vuestra fortuna y mi vida.

—No os comprendo, observó Teodoro.

—Escuchad, repuso su misterioso interlocutor; soy un esclavo empleado en las minas, he robado un diamante, y fingiéndome enfermo, he conseguido que me traigan aquí. Ningun príncipe del universo posee una piedra tan preciosa como la que yo tengo; pero mi diamante es un tesoro inútil para mí porque carezco de dinero, y sin recursos no puedo fugarme para venderlo. Con todo, como comprendereis, debo esperar de él algun beneficio; así, pues, dadme lo suficiente para huir y la piedra es vuestra.

—Pero... balbuceó Teodoro.

—Miradla, y aceptar mi proposicion; ella os hará rico y á mi feliz porque me permitirá volver al seno de mi familia.

Y el esclavo mostraba un enorme diamante á Teodoro, que le contemplaba cada vez con mayor asombro.

—Con efecto, dijo el jóven al fin, es una hermosa piedra; he visto muchas de su clase, pero ninguna tan perfecta ni tan grande. Cualquier soberano se enorgulleceria en poder adornar con ella su corona.

—Pues no perdamos tiempo; con solo privaros de algunos ducados, sereis millonario y yo dichoso.

—¿Y si me persiguen?... observó Teodoro.

—Os persiguirán, ¿quién lo duda? pero vos podeis huir.

Teodoro se quedó perplejo; pero al ver que el esclavo se disponia á marcharse, tomó el diamante, dió por él los ducados que tenía y huyó tambien con algun dinero que le proporcionó su principal.

III.

Teodoro se proveyó de un buen guia y emprendió su camino por los terrenos más escabrosos, á fin de poder sustraerse con más seguridad á todas las pesquisas.

Pero un dia, Teodoro, quizá por huir demasiado de sus perseguidores, vino á dar con una banda de árabes ladrones.

—¿Llevais dinero? le preguntó el guia.

—Llevo únicamente el necesario para el camino, contestó Teodoro.

—Entonces no opongamos resistencia; despues de registrarnos, nos han de dejar lo suficiente para terminar el viaje.

—Eso no me basta, repuso Teodoro, y preparó una pistola que disparó al primer árabe que se le acercó.

Los ladrones acudieron en auxilio de sus compañeros, desnudaron los alfanjes, y después de una reñida pelea, quedó muerto el guía de Teodoro y este cayó en poder de los enemigos.

Registráronle en seguida, y a pesar de la resistencia que el joven opuso y que le ocasionó algunas heridas, se apoderaron del diamante.

La inmensa pena que sentía al perderlo hizo creer á los árabes que era un amuleto, y una mujer hizo un juguete á su hijo con la piedra.

El jefe de los ladrones cobró afición al prisionero, y manifestó á este al poco tiempo, que apenas estuviese curado, podía marchar con todo lo que le habían quitado.

Así sucedió en efecto.

Teodoro recobró con la salud el diamante y la libertad.

No sabiendo qué camino tomar, se refugió en una caverna, donde estuvo dos días sin comer.

Al fin acertó á pasar por ella una caravana, á la que Teodoro se unió, pudiendo de este modo proseguir su viaje.

Siempre intranquilo, desconfiado y hasta grosero, pedía en las posadas las peores habitaciones y los más pobres alimentos, para que nadie pudiese sospechar que poseía un tesoro.

Próximo al fin de su viaje, escribió un día al padre de Ana, y comenzó su carta con esta frase:

—¡Soy rico! ¡Inmensamente rico!

Esto disgustó á Ana, que consideró que Teodoro debía haber empezado su carta hablando de cosas más importantes; pero la joven se tranquilizó en breve, pensando que la conducta de Teodoro no era más que un nuevo sacrificio que hacía por su amor.

De todos modos, la idea de la inmensa fortuna de su amante le arrebató su natural alegría; su padre se mostraba reservado para no parecer codicioso; y Teodoro, calculando que no iba á ser favorecido casándose con Ana, sino á favorecerla, se daba aire de protector.

Como que unos á otros se engañaban, su primera entrevista fué fría y á ninguno satisfizo.

Dos ó tres días después pudieron hablar á solas Ana y Teodoro.

—No sé por qué, le dijo aquella, me asusta tu fortuna; ella destruye nuestros proyectos.

—¿Y qué importa? observó Teodoro; gracias á mi riqueza podremos ahora ir á París y vivir en uno de los más suntuosos palacios.

—¡Ay! ¡Yo hubiera preferido nuestra casita, nuestros árboles, nuestra felicidad soñada, á todos los palacios y las riquezas del mundo!

IV.

Teodoro fué á París con el objeto de ver al diamantista de la Corona; pero, según le aseguraron, este se hallaba ausente y no debía regresar hasta dentro de seis ú ocho días.

El joven aprovechó este tiempo para buscar una espléndida habitación y los muebles y adornos correspondientes; ajustó también una carretela y un magnífico tronco de yeguas.

A la vez iba tomando nota de cuanto veía, y en las excursiones que hacía le acompañaba una multitud de parientes, que hasta entonces no le habían hecho caso alguno.

Cuando entraba en un salón, las gentes pronunciaban su nombre con asombro y aseguraban que había hecho una inmensa fortuna en Oriente.

Todas le agasajaban, las madres procuraban atraerle para sus hijas, y estas decían que Teodoro era muy simpático.

A cada momento corría la pobre Ana grave riesgo de ser olvidada; sin embargo, hace poco he visto á los dos antiguos amantes convertidos en esposos, en la misma humilde casita donde tantas venturas se prometía la joven.

¿Cómo se explica esto?

V.

Cuando se presentó Teodoro al diamantista de la Corona, examinó esta la piedra y le dijo:

—¡Con efecto, es admirable! Sin embargo, no me conviene su adquisición, porque no comercio en piedras falsas. Esta es una magnífica imitación y no os será difícil venderla; en cualquiera bisutería os darán por ella diez francos.

Estos diez francos sirvieron á Teodoro para poder regresar al Havre á pié.

Allí encontró un empleo de mil quinientos francos: al poco tiempo se casó con Ana, y hoy dice á todos que la ambición no es otra cosa que un diamante como el suyo.

Maria del Pilar Sinués.

EN ALTA MAR.

En alta mar; de noche; ni una estrella;
¡Qué negra oscuridad!
Las olas son montañas; las encrespa,
Las hincha el huracán.
En aquellos instantes de silencio
Que hay en la tempestad,

Resuenan gritos de dolor. ¡Un barco
zozobra en altar mar!

Un relámpago; lívidos semblantes
Muestra su claridad;

¡Oh! las olas ya inundan la cubierta
Y al camarote van.

La tiniebla otra vez, y en la tiniebla
¡Qué infierno de pesar!

¡Que agitacion suprema de la vida!
¡Qué lucha colosal!

Al siguiente momento de silencio
Que hay en la tempestad,

Nada lo turba ya; ni un solo grito,
Ni un suspiro, ni un ay.

Y al brillar el relámpago de nuevo,
Su roja claridad

No alumbra ni un semblante, ni una vela,
Ni un remo; solo el mar.

J. Martí Folguera.

EL DEPOSITARIO.

(Conclusion).

—Jesus! con que es cierto! gritó: heme aquí
ya entregado al juez.

—Calmaos, pobre hombre, dijo éste, reconociendo al primer golpe de vista cuán grave era el estado del herido; no queremos aumentar vuestro mal.

—Ah! todo se ha concluido para mí, Sr. Lefébure, replicó Francisco, creo que no me quedan dos dias de vida: solo lo siento por la pobre Catalina: si me prenden, la desgraciada morirá de dolor.

El juez de paz se volvió hácia M. Loisel.

—Es cierto que Catalina es buena muchacha, le dijo á media voz.

—Es decir que será menester dejar impune á un bribon, porque su hija no se le parezca? replicó con acritud.

—No he dicho eso, caballero, replicó dulcemente M. Lefébure: solamente he aventurado una observacion con el ánimo de haceros reflexionar.

—Mis reflexiones están hechas! gritó éste: he sido robado, tengo al ladron, y será juzgado en los Assises. Cada cual debe ser remunerado segun sus obras.

—Perdonad, añadió el anciano sonriendo, el Evangelio recomienda el volver bien por mal.

—Yo tengo por Evangelio el código penal, caballero, interrumpió secamente el propietario de los Viviers: este hombre ha robado en mi jardín, quiero que se le arreste: es mi derecho, y aun podria añadir que es un deber de los dos.

M. Loisel habia acentuado estas últimas palabras, que encerraban evidentemente una leccion á la sutileza del juez de paz. Este se sonrió, encogiéndose de hombros.

—Lo sé, caballero, dijo con una dulzura mezclada de tristeza; pero tambien sé que aquel que se atiene rigurosamente á su derecho, se expone frecuentemente á ser cruel, y que el cumplimiento del deber, cuando está exaltado por las pasiones, causa heridas incurables. En cuanto á lo demás, me habeis enviado á buscar para interrogar á este desgraciado, y puesto que persistis en vuestra resolucion, lo interrogaré, á no ser que su herida sirva de obstáculo.

—No le ha impedido hace rato el suplicarme, por consiguiente no podrá estorbarle el responder.

M. Lefébure hizo un gesto de asentimiento, señaló la mesa al escribano que se sentó en ella, y empezó el interrogatorio del *Rouleur*.

Este hizo una confesion completa, pero mezclada de justificaciones, lamentos y súplicas. Contó entre muchas confianzas entrecortadas, su vida entera, entregada á las malas influencias ó á las tentaciones de la pobreza. Como tantos otros, Francisco no habia recibido de sus padres mas que la miserable existencia, con gran trabajo prolongada hasta entonces. Falto de direccion moral, y no viendo delante de sí objeto alguno que lo guiase, se habia entregado al torrente de la casualidad, eximiéndose, por decirlo así, de toda responsabilidad, unas veces buena y otras mala, segun la impresion recibida, atravesando alternativamente la probidad ó la corrupcion sin detenerse ni comprenderlas.

Mr. Lefébure lo habia dejado multiplicar sus confidencias, en las que se interesaba como en todo lo que revelaba los ocultos resortes del corazon humano: esperaba además que las efusiones del alma del anciano, aplacasen á su denunciador; pero así como todas las personas que se entregan á sus pasiones, éste no vió, en las confesiones del mendigo, mas que lo que le condenaba: tambien apresuró la redaccion del proceso verbal que el escribano terminaba, y puso en él su firma con un apresuramiento casi gozoso. Por su cualidad de testigo, Miguel debia hacer otro tanto: M. Loisel le alargó la pluma.

—Y sobre todo, firmad con vuestro verdadero nombre, le dijo al jóven al verlo inclinarse sobre el papel. Escribid legiblemente, Miguel de Villiers.

El *Rouleur* que se revólcaba en su lecho, se detuvo al instante.

—Villiers, repitió volviendose hácia el jóven Entonces, no os llamis Lourmand!

—Ese es el nombre del que me ha educado, respondió Miguel; se han acostumbrado á dár-melo, y yo mismo lo miro como el mio: pero mi padre se llamaba Villiers.

—Enrique de Villiers?

—Precisamente.

—De Louronz Réconnais?

—Quién os ha dicho...?

—Ha servido en la Vendée.....

—Bajo las órdenes de Charrette!

—Justamente! gritó Francisco enderezándose, necesito verlo al instante.

—Pues no sabéis que soy huérfano? interrumpió Miguel.

El *Rouleur* se golpeó la frente.

—Es justo, dijo: pero sois vos su hijo y su único heredero?

—Sin duda.

—Entonces, á vos es á quien tengo que dirigirme; tal vez sabéis de qué se trata.

Se habia inclinado hácia el borde de la cama y registraba convulsivamente el jergon de donde sacó un pedazo de paño que envolvía alguna cosa informe. Mr. Loisel se acercó vivamente.

—Hace bastantes años que me fué confiado, dijo el herido; data de la época del paso del Loire por los realistas, despues de la carnicería del Mans....

—Despues! interrumpió Loisel impaciente.

—Y bien! yo me habia refugiado en Bretaña, como todo el mundo, continuó el herido, y esperaba junto á Carquefon, una ocasion de repasar el agua, cuando llegó otro salteador á la quinta donde yo estaba escondido. Acababa de encontrar los dragones en el camino de Ancenis y habia recibido tres sablazos en el cuerpo: no valia entonces él mas que yo ahora: estaba el hombre casi muerto.

—Y él fué el que os entregó eso? preguntó M. Loisel, que hubiera querido pasar por alto estos detalles.

—Justamente como lo decís, replicó Francisco; habia conocido un tio mio que vivia en Condé. Cuando vió que iba á morir llamó á todas las personas de la quinta, y me dió esto delante de todos, haciéndome jurar que lo entregaria á M. Enrique de Villiers.

(Concluirá).

VARIETADES.

LOS HILOS DE LA VÍRGEN.

¡Bellas y suaves creencias del cristiano, sencillas y poéticas tradiciones que refrescáis la mente y el cora-

zon con vuestros balsámicos perfumes, cuán gratas sois al alma, que no está contaminada con el fango de la tierra!

¿No os ha sucedido nunca, hermanas mias, al recorrer la campiña en una suave tarde de primavera, ver revolotear por los aires unos ligeros hilos blancos que brillan con todos los colores del iris á los rayos del sol poniente? Sí, os habrá sucedido mil veces; mil veces, sumidas en plácida contemplacion, habreis seguido con la vista el rápido é incierto vuelo de esos diáfanos hilos. Y entonces, si llenas de curiosidad habeis preguntado á algun sábio acerca de su misterioso origen, os habrá respondido con tono altisonante y campanudo: son hebras plateadas que tejen unos insectos, y que la brisa arrebatada entre sus alas; pero si habeis interrogado á un humilde habitante de los campos, os habrá respondido con voz grave y conmovida: son los hilos que se escapan de la rueca de la Divina hilandera, de la Madre universal, de la piadosa Virgen Maria. ¡Dichosas las almas que aman á Maria, y que cogidas á estos hilos salvadores, suben en alas de su amor hasta su celeste trono.

Esos blancos velloncitos que flotan en el espacio, establecen una comunicacion entre la tierra y el cielo, y nos recuerdan que tenemos allá arriba una madre cariñosa que vela por nosotros. Y así, cuando los hallamos en nuestro camino, elevamos nuestro pensamiento hácia Dios y le damos gracias si somos felices, esperamos en su misericordia si somos desgraciados, y de todos modos la calma y la alegría descienden á nuestras almas. Esto os responderán llenos de fe los sencillos campesinos.

¡Ah! qué fortuna, hermanas mias, qué fortuna es creer y esperar en medio de las borrascas de la vida, qué fortuna cuando todo parece abandonarnos sobre la tierra, poder elevar los ojos al cielo y clamar entre sollozos: Padre mio. Madre mia: dadme fuerza para apurar el amargo cáliz. amparadme, protejedme!

¡Ah! Sí, por más que parezca sonreiros la suerte, por más que os cerquen el lujo y el esplendor, y resuenen en vuestros oidos los ecos de voces halagadoras, vendrá más tarde ó más temprano un dia en que moral, material ó físicamente, pedireis socorros y consuelos al oro, á la ciencia, al mundo, y ni el oro, ni la ciencia, ni el mundo, podrán acudir á vuestro auxilio. La vida es una batalla: venimos aquí á luchar y no á gozar: ¿qué diriais del combatiente que arrojase lejos de sí la coraza y escudo y mostrase su inerme pecho al enemigo?

Creed, hermanas mias, creed: no os arredre la desdeñosa sonrisa de los sabios que, á pesar de su sabiduria, no aciertan á descifrar de una manera clara é indudable los más leves arcanos de la naturaleza, y cuando en las risueñas mañanas de primavera veais flotar por los aires esos blancos copos tornasolados por los rayos del sol, si no repetís con los humildes campesinos, que son hebras escapadas de la rueca de la hilandera Divina, e levad los ojos al cielo, y pensando en la piadosa Madre universal, pedidla que vuestras almas jamás pierdan la blancura y transparencia de esos hilos vaporosos, y que remontándose cual ellos hácia los espacios azulados, lleguen por fin á descansar en su maternal regazo.

La Condesa de Araceli.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.